



Noticias Principales:

El Financiero: De 96% la evasión al fisco de los Repecos

El Universal: Alertaron de dádivas para colocar créditos

Reforma: Genera confusión factura electrónica

Milenio: Calderón: Crimen “se apodera” de las instituciones

La Jornada: Pemex, firme en su plan de rescatar astillero en Galicia

Excelsior: “Narco es terrorismo”

24 Horas: Se necesitan más licitaciones para cambios tecnológicos: Slim

La razón: Fallido asalto en hospital del DF deja 5 muertos

La Crónica: Habrá ventanilla única en Internet para 7 mil trámites



Poniatowska:

Como era de esperarse, el premio Cervantes a la escritora y periodista Elena Poniatowska despertó polémicas de grupos culturales e intelectuales. En julio del 2006, después de las elecciones presidenciales y ya instalado el plantón de López Obrador en el corredor zócalo-periférico, escribí una crónica festiva del papel de Poniatowska en el grupo del primer círculo del derrotado candidato presidencial del PRD y lo tenía en el *Diario de Campaña* de ese año. Ahora lo recupero

Amanecer en el Zócalo, de Elena Poniatowska

El regreso de Palmira Jackson: ¿miedo a los animales?
Jueves 20 de julio. 2006.

El tiempo se acomoda como el paso de los segundos. El tiempo terrenal se confunde, además, con el tiempo literario. Los personajes de la realidad saltan a la ficción y los de la ficción reflejan el espejo de la realidad. “Madame Bovary soy yo”, dicen que dijo Flaubert. ¿Quién es Palmira Jackson? No se pierda el desenlace.

...

Todo comenzó, diría el clásico, por el principio. La escritora Elena Poniatowska apareció en un *spot* de campaña de López Obrador regañando, desde su tercera edad con cargo a su pensión universal, a los panistas. Evaristo Reyes estaba durmiendo la mona en un cuchitril policiaco. Un testigo, identificado aquí como el de la voz por las actas ministeriales pero que respondía al nombre de Enrique Serna, había encontrado que Reyes era un periodista frustrado en su carrera de escritor. Se había metido en la policía para conocer de cerca el mundo de la corrupción y luego escribir la gran novela-denuncia. Sí, cómo no, dice no el de la voz sino el de la voz que debe señalar al de la voz.

El de la voz —o sea, un tal Enrique Serna que dice otro de la voz que se siente escritor sólo porque escribe novelas— dio el perfil sicológico-policíaco de Reyes. ¿Qué tenía que ver Serna con Reyes? Nada. Sólo que lo conocía. O decía conocerlo. ¿Y cómo se relaciona con Poniatowska? Bueno, dice el de la voz que identifica al de la voz, porque Serna es un escritor y los escritores gustan de crear sus mundos ficticios que son, quién lo duda, los mismos mundos reales de siempre.

O sea que seguimos como al principio.

Bueno. Pues he aquí que Evaristo Reyes tenía una cruda de antología cuando su jefe lo mandó a indagar, que no a investigar, el asesinato de un columnista de cultura de un diario que nadie leía salvo cuando atacaba al

Señor Presidente de la República. Como ex reportero de cultura, Reyes algo sabía. Pero al ir a investigar se enredó todo. Para resumir, dice en de la voz que responde al nombre de Serna, Reyes fue involucrado en el enredo. Que si lo vieron en el CSI —o escena del crimen que los polis de la gran ciudad ya copiaron del otro lado de la televisión— o que si sabía del *modus operandi* o que si alguien se lo quería cargar en venganza a alguna nota que había escrito Reyes y que nadie había leído.

El caso es que Reyes no encontró más camino que buscar a Elena Poniatowska para salvarse. La santa señora, dice el de la voz que identifica al de la voz, seguía dando lata en el ambiente cultural. A Reyes no le había parecido, según en de la voz, que la tal Poniatowska le hubiera entrado a la política. Reyes la recordaba por su historia en la vida intelectual del país. Pero entrarle ya a la militancia de campaña era, pues, otra cosa. Por eso Reyes tenía desconfianza en pedirle ayuda a la Poniatowska, no lo vaya a tratar de adoptarlo para sumarlo a la campaña de López Obrador. Y la verdad, dice el de la voz en un desdoblamiento de Pereyra, es que le repateaba la política. Por eso se había metido de *tira*.

Pero el de la voz recuerda, ahora que reconstruye el caso de Reyes, que efectivamente Reyes no tenía a quien acudir. Le querían cargar el muertito. Por eso había buscado al de la voz que le da la voz al de la voz para que lo enfilara hacia los dominios de la Poniatowska. Sólo que el de la voz, el tal Serna, pues, ya estaba más que confundido. La policía le había cruzado los cables y fundido un bulbo. Por eso Serna le dijo a Reyes que la tal Poniatowska había adoptado un nombre de batalla política y que ya no se llamaba Elena Poniatowska sino Palmira Jackson. Reyes quedó hecho bolas. ¿Cómo aparecía en el *spot* de López Obrador con un nombre y en la realidad tenía ya otro?

A Reyes le costó trabajo entender al de la voz. Y eso que Reyes entendía eso de los mundos real y literario. Él mismo estaba a punto de quedar atrapado en la dimensión desconocida con su vida de policía pero en el fondo se creía el escritor que estaba absorbiendo la realidad del mundo policiaco para luego iniciar sus revelaciones sobre la corrupción en la *tira*. El de la voz parecía haberse quedado en el limbo literario que, por alguna razón, relacionaba a Poniatowska con Palmira Jackson y Reyes como una especie de hilo conductor. Reyes se hizo bolas. El de la voz que le daba la voz al de la voz le dijo a Reyes que era un inculto y que cómo se atrevía a decir que

alguna vez fue periodista cultural y que anhelaba escribir alguna novela de denuncia si no sabía lo que tenía que saber en cuanto a personajes, aunque Reyes le dijo al de la voz que le da la voz al de la voz que todo parecía ser un enredo o, con todo respeto, diría ya saben quién, el de las actas, el del voto por voto, con todo respeto mejor que se fuera al carajo. Porque una cosa era leer por gusto y otra conocer lo que tenía que conocer.

Total que nadie parecía entender nada. Ni los que hayan llegado hasta esa parte del reporte. Así que lo mejor sería hacer un alto para explicar con manzanas cómo anda la cosa. ¿Pero explicar qué?, se pregunta el de la voz que le permite voz al de la voz si en realidad el que conoce todo el asunto es el de la voz pero no quiere explicar sus secretos de novelista. Bueno, pues si no quiere, entonces Reyes, el de la voz y el de la voz que le da voz al de la voz tendrán que seguir caminando por el tiempo a ver si alguien logra entender algo del asunto.

Así pues, Reyes no tuvo más remedio que buscar a Palmira Jackson cuando en realidad estaba buscando a Elena Poniatowska. Pero el de la voz algo sabía y por eso mejor decidió dejar correr las cosas. El de la voz, que no sé si dije que respondía a los generales de Enrique Serna y bla, bla, bla, había descubierto que el nombre de la Poniatowska había aparecido como abajo firmante de un desplegado de protesta de la comunidad intelectual a favor de López Obrador... No, esperen, no. El tal de la voz ya se fue por otro lado. No. Había firmado un desplegado de protesta de Los Intelectuales Abajo Firmantes Para Protestar Contra el Atentado en Contra de la Cultura con el Asesinato de Piña, el que líneas arriba se dijo que escribía columnas de cultura que nadie leía, menos sus colegas de género intelectual y que lo habían matado. Se trataba, en todo caso, de aprovechar oportunidades.

Evaristo Reyes necesitaba hablar con Poniatowska pero el tal Serna lo había enviado con Palmira Jackson. Reyes tenía en su poder evidencias del fraude electoral del 2 de julio. Pruebas duras, dirían los investigadores policiacos del CSI mexicano. No quería enviárselos a López Obrador sino entregárselas a Poniatowska pero se había atravesado Jackson —y no Enrique el priísta sino Palmira—. Se trataba de una boleta semiquemada con huellas de haber sido cruzada a todo lo largo y lo ancho, como cuando se quiere anular un documento. Así que Reyes se lanzó en busca de Poniatowska y se encontró con Palmira. Y si quería pedir protección por el asesinato del columnista ahora no sabía qué hacer con la boleta electoral.

Reyes sabía que tendría problemas porque Poniatowska no lo conocía a él. Pensó, por ello, que quizá el de la voz lo había enviado con Palmira como una intermediaria. Reyes buscó algunos datos de la tal Palmira y se encontró que era una escritora muy conocida, que había escrito una obra sobre la represión en Tlatelolco en 1968 y que no le faltaban envidiosos que combatían su fama, aunque no la popularidad sino la que le daba valor de luchar por los desvalidos. Esperaba Reyes que Palmira lo condujera hasta Poniatowska y ésta se hiciera cargo del misterio de la boleta electoral y del caso del columnista cultural. Como buen perro policía de caza, había guardado la boleta dentro de una bolsa de plástico. No sabía por qué pero le daba seriedad al documento.

Así que Reyes se disfrazó para llegar hasta Palmira. Primero se coló a su casa disfrazado de mesero pero se sintió muy mal cuando vio a Palmira en su mero jugo: egoísta, oportunista, ventajosa, sin piedad al tratar a su servicio doméstico. Como mesero se dio cuenta de Poniatowska estaba escogiendo el momento adecuado para salir de nuevo a la escena pública y que se había disfrazado de Palmira Jackson pero siendo al final de cuentas ella misma. El de la voz le dio la voz al de la voz pero esta vez la voz prefirió guardar silencio para no enredar más las cosas que se habían enredado por sí mismas.

Así que Reyes se sintió contado por el de la voz. Y se vio junto a Palmira llegando al edificio de Banamex del Centro Histórico de la ciudad de México para *clausurar* simbólicamente el edificio porque su dueño, el tal Roberto Hernández, no había pagado impuestos en esa operación. Se trataba, dice en voz alta el de la voz que le da voz al de la voz, de una acción de resistencia civil contra el fraude electoral que impedía que López Obrador tomara posesión de la presidencia de la república. A diferencia de la vez en que se disfrazó de mesero para meterse a la casa de Palmira, esta ocasión Reyes fue más cuidadoso y encontró un disfraz perfecto. Nadie podía identificarlo como el sospechoso Evaristo Reyes. Su disfraz era tan perfecto, pero tan tan tan perfecto, que ni él mismo entendía tal perfección. Por eso respondía con sonrisas cuando le decían “hola, Jesusa”, y él movía la cabeza como ella y respondía al saludo con voz que casi no tenía que fingir.

Qué diablos tenía que ver Banamex con el conteo de las actas y con el crimen del columnista cultural desconocido, se preguntó Evaristo disfrazado como una tal Jesusa —¿no sería la Jesusa Palancares de la novela de Po-

niatowska escrita por Palmira?, anotaba Evaristo Reyes en su memoria como datos para incluir en su libro que ya no narraría las corruptelas de la policía sino los entretelones del mundo intelectual en donde no iban a faltar, ¡cómo iba a ser!, Monsiváis y ahora su sucesor Fernando del Paso—, aunque otras lo saludaban por su apellido del disfraz y ya no entendía si era Rodríguez o algo parecido. Evaristo quería que Jesusa comenzara a gritar consignas sobre los votos pero Palmira reía como Poniatowska y lanzaba mentadas contra Roberto Hernández. Y ahí no faltó algún acarreado o distraído que gritó que ese tal Hernández era el representante del PRD en una casilla que había sido cómplice del robo de votos que iban dirigidos a favor del rayito nacional de esperanza desesperanzado ahora por las cifras oficiales.

A estas alturas del partido, dice el de la voz con el permiso del de la voz que le da la palabra, Evaristo Reyes ya no sabía qué hacer. El asesinato del columnista de cultura se había perdido en el mitin del domingo en el zócalo. A quién carambas le importaba la investigación sobre el asesinato de un columnista de cultura que nadie leía si se querían robar la elección presidencial y asesinar, ahí sí, a la democracia. Palmira apenas podía con sus años a cuestras. Hubo momentos en que tenía cara de señora de la tercera edad a la que le estaban condicionando su pensión a cambio de asistir a un mitin de apoyo a su salvador: es decir, entre sorpresa y hartazgo. Pero qué hacer con esos años a cuestras sino darles la oportunidad de desperezarse gritando contra Roberto Hernández o... ¿quién más dijo López Obrador que eran los demonios por cuyos intereses le habían robado la elección presidencial para evitar que llegara la espada justiciera?, a ver, alguien dígame los nombres para encontrar rimas que puedan gritarse, a ver, háganme caso, carajo, gritaba Palmira y todos miraban con simpatía a esa Poniatowska con sus años a cuestras.

De pronto, Evaristo se dio cuenta que era inútil. Que la posibilidad de encontrar en Palmira el camino para contar la verdadera historia del asesinato de ese Lima limón del que nadie se acordaba iba a ser su libro frustrado y que el de la voz, con el permiso del de la voz que le daba la voz, se iba a quedar con sus dos libros en las manos porque el país ya se lo habían cambiado porquen nadie estaba ya interesado en la literatura y que el mundo literario de México se iba a quedar con las ganas de saber por qué el miedo a los animales, porque cuáles animales, carajo, a menos, claro, que Evaristo Reyes cuenta

la increíble y triste historia de Palmira Jackson en su lucha contra el fraude electoral, historia, por cierto que tendrá que explicar como una segunda parte de *El miedo a los animales* y que como segunda parte ya no tendrá personajes ficticios tomados de la vida real y entonces Poniatowska será Poniatowska y no Palmira Jackson y la que tendrá que explicar todas las historias será nada menos que Ana Colchero en una comida con el de la voz que le pasaba la voz al de la voz.

Y de castigo por tantas confusiones, la vida que es justiciera condenó al de la voz, identificado como Enrique Serna por la ficha de la policía que se encargó de elaborar Evaristo Reyes antes de desaparecer con su último disfraz de Jesusa Rodríguez y reaparecer como amigo de Fernando del Paso, a penar varios años como columnista político de *La Jornada* porque Reyes había sabido que al tal Serna le encantaba sufrir y consideraba que su nuevo trabajo era una forma de “respirar aire puro” santificado por la lucha de masas desde la trinchera periodística de la justicia por los más pobres. Inclusive, para que se le quitaran las ganas, *La Jornada* la asignó a Serna la columna titulada *Diario de Campaña*, un poco porque el país había entrado ya a la elección permanente e infinita por los siglos de los siglos y para que se desquitara con el de la voz que le daba voz al de la voz. Pero Serna no supo sino hasta mucho tiempo después, cuando fue imposible hacer algo en derechos de autor, que Evaristo Reyes había titulado su libro con el nombre de *Diario de Campaña*, y así la vida había juntado a autor y personaje como maldición para aquéllos que violan los códigos secretos de la literatura.

El último enigma fue Palmira Jackson. Pero nadie se preocupó porque se había retirado a la meditación para preparar su próxima aparición en el fraude electoral del 2009 y estallar en el fraude del 2012. Y que se había dado como penitencia la lectura del libro *El miedo a los animales* de Enrique Serna, donde estaban las actas ministeriales de esta historia y de cómo Palmira era en realidad Elena y no la de Troya ni alguna



de las dos de Carlos Fuentes sino la terrenal Poniatowska, con quien a estas alturas del tiempo nadie podía enojarse sino sentir ternura poselectoral, sobre todo por los datos de la Poniatowska que describió Serna en su novela con la Poniatowska de la realidad, y todo para concluir que efectivamente la realidad copia a la ficción, la mejora y nos la regresa fortificada.

...

Como segundo acto, incluyó la reseña de Rafael Lemus, publicada en *Letras Libres*, luego de una lectura de *Amanecer en el zócalo*, de Poniatowska´.

<http://letraslibres.com/revista/libros/amanecer-en-el-zocalo-de-elena-poniatowska>

Agosto 2007

Crónica

Para despachar el libro, esta imagen debería ser suficiente. Es miércoles 23 de agosto de 2006 y llueve. Lluve en el Zócalo de la ciudad de México, infestado de tiendas de campaña. Bajo una carpa amplia y blanca, Andrés Manuel López Obrador perora. Que Juárez. Que el fraude. Que la Convención Nacional Democrática. Entre los contados compañeros que tienen la suerte de escuchar al líder se encuentra Elena Poniatowska. Pero Elena, ay, no escucha ni participa en la discusión que sigue. “Cae una tromba –cuenta– y no puedo oír nada salvo a ratos a Dante Delgado porque su voz es muy fuerte y está acostumbrado a hablar en público. Supongo que AMLO nota mi cara de angustia porque en un momento dado dice ‘Elenita’, pero no escucho el final de su frase.”

Todo lo que importa del libro está en esa imagen: el Zócalo ocupado, el pretendido carisma del caudillo, la perpetua distracción de la escritora. El resto es casi nada aunque es demasiado: las 395 páginas de *Amanecer en el Zócalo*. ¿Qué es este libro? En teoría, una crónica íntima del plantón en la ciudad de México. Poniatowska, nos dicen, fue una testigo privilegiada del evento –permaneció con los justos, durmió no lejos del caudillo, participó en esos festivales de dignidad que fueron las “asambleas” del tabasqueño– y ahora comparte con nosotros su diario de aquellos días. ¿Diario? Los apuntes personales ocu-



pan, cuando mucho, una tercera parte de la obra y el resto es pedacería: recortes de periódicos, citas de discursos, largas soflamas del líder. Si la distinción todavía importa, es necesario advertir que esto no es literatura: es un producto editorial, apresuradamente escrito, torpemente armado. Lejos está la cronista de *La noche de Tlatelolco* e, incluso, la de *Nada, nadie / Las voces del temblor*. Cerca descansan esos políticos que, atisbando una coyuntura oportuna, perpetran algún libelo. Para ellos, los políticos, parece escrito este libro: aunque extenso, es poco más que un despacho, puede ser leído diagonalmente, no quita demasiado tiempo al señor subsecretario.

Quien se acerque a esta obra en busca de revelaciones escandalosas se llevará un merecido chasco. No hay aquí inesperados apuntes sobre el caudillo ni confidencias relevantes. Quien busque, iluso, reflexiones críticas hallará menos todavía: estampas sentimentales, confesiones menores, teoremas y aforismos donados por la compañera Jesusa Rodríguez. Si atendemos el estilo de Poniatowska, lo que hay es una fiesta: miles de ciudadanos —que son soles que son flores que son pájaros— tendidos hermosamente en la plancha del Zócalo. Eso y, más acá, una farsa doble: la de una intelectual que confiesa no entender nada y la de un presidente legítimo que no es ni una ni otra cosa. Bonito espectáculo: el príncipe y el escritor

trenzados en una tumultuosa parodia. Ella, la escritora, no aconseja ni critica ni advierte siquiera —como, digamos, Martín Luis Guzmán ante Villa— el feroz antiintelectualismo del caudillo. Él, el político, no escucha ni pide consejo, menos a la escritora que nada sabe. Decir que entre uno y otro existe un acuerdo ideológico es decir demasiado. Poniatowska lo declara más de una vez: no sabe de izquierdas ni de derechas, sabe que Andrés Manuel la buscó y “seguramente una de las razones para creer en AMLO fue que él personalmente buscara mi apoyo”. Divina simbiosis: la escritora engorda su ego; el caudillo, su cacareada legitimidad.

Es ya demasiado tarde para asestarle a Poniatowska el conocido sermón sobre la independencia intelectual. Ella, además, lo conoce. No hace mucho, cuando Héctor Aguilar Camín rimaba con Carlos Salinas de Gortari, Poniatowska declaró: “Un intelectual debe mantenerse alejado del poder. La cercanía con los poderosos destruye. La ronda en torno del príncipe es siempre degradante y a veces mortal.” En la ronda alrededor de López Obrador, Poniatowska viste mucho pero importa poco. Da pena atestiguar, a lo largo de la obra, cómo cualquiera la desdeña: Jesusa la regaña, sus amistades la amonestan, AMLO no la atiende. En una anécdota lastimosa, Poniatowska se pasea por el Zócalo con una carta en la mano: Cuauhtémoc Cárdenas acaba de escribirle y ella desea compartir con alguien la noticia. Cuando se cruza con López Obrador, éste declara no tener tiempo para minucias y le aconseja ocuparse de cosas más importantes. Elena hace caso: guarda su cartita y se encierra a escribir el discurso con que inaugurará día después la Convención Nacional Democrática. Allí dirá: “Como borregos no le servimos para nada a Andrés Manuel López Obrador; como seres pensantes, sí [...] Hoy es un gran día, es el día de nuestra conciencia, dialoguemos con ella para que en ella se haga la luz.”

Alguna vez Adolfo Castañón celebró que, en *La noche de Tlatelolco*, Poniatowska hubiera sacrificado la figura del narrador sin renunciar a responsabilidad alguna. En *Amanecer en el Zócalo* ocurre justo lo contrario: en vez de desvanecerse, Poniatowska se reserva el sitio protagónico; antes que asumir alguna responsabilidad, se disculpa. (“La verdad, nunca sé en qué me meto y sigo sin saber decir que no.”) La diferencia entre un libro y otro es pasmosa. Allá, la autora anda entre los protagonistas y arma un encendido collage del movimiento estudiantil; aquí, el protagonista único no termina de abrirle

la ligera puerta de su tienda de campaña. Ante la lejanía del Mesías, todo se llena de serafines: ampliamente citados, Lorenzo Meyer, Sergio Aguayo, Jaime Avilés, Octavio Rodríguez Araujo y compañía componen un previsible corro analítico. (Se citan también, sin discutirlos, algunos textos adversos a López Obrador: “¡Es bien bonita la democracia!”) A la derecha del Padre descansa, inmaculada, Jesusa. Que “dice verdades de a kilo”. Que “les abre la conciencia a muchos”. Que, si la asamblea no se opone, es ya el personaje clásico de la literatura sapiencial mexicana.

No se descubre nada si se dice que Poniatowska es esencialmente ingenua. De hecho, se dice poco si nada más se afirma eso: su comportamiento raya a veces – como ha notado Luis González de Alba– con el cinismo. Ser cándido podría ser, al fin y al cabo, una ventaja: en medio de los políticos profesionales, el ingenuo podría exponer sin cautela cosas que aquéllos no ventilan. Pero Elena no dice nada. No a López Obrador, con quien se encuentra –según su propio testimonio– sólo un puñado de veces, y tampoco a los lectores. Curiosamente, oculta la información más importante. Una y otra vez apunta que las personas en la calle la reconocen, la abrazan, la besan, pero nada revela sobre sus escasas reuniones a puerta cerrada con AMLO y su equipo. Entonces titubea, pierde el oído, se distrae con el despampanante huipil de la Jesu. Más todavía: en un momento confiesa que no sabe en qué se ha metido y al siguiente ya alecciona a la muchedumbre como si lo supiera. Ni siquiera está allí, jugando únicamente un rol secundario, para atisbar la oscuridad y escribir después algunas páginas válidas. Si Martín Luis Guzmán aprovechó su cercanía con los caudillos para escribir memorables retratos de ellos, Poniatowska gasta sus días en el Zócalo para arribar a esto: “[Andrés Manuel] Es el hombre más besado y abrazado de México. No entiendo cómo todavía le quedan mejillas.”

Para su agenda:

—En política se perciben las declaraciones de **Felipe Calderón** contra la inseguridad como una cobertura por adelantado. Hay indicios de que podría venir una campaña en su contra para explicar el resurgimiento de la violencia.

—**López Obrador**, como lo había prometido, prepara un *cerco* al Senado. Sólo que podrían ser valores entendidos porque lo ha reiterado tanto y ha dado la fecha del viernes como para que el Senado prepara una



estrategia de seguridad. Así, **AMLO** seguirá buscando la legalidad con su partido pero haciendo también uso de la ilegalidad con presiones callejeras.

—El que ya perdió fue **Marcelo Ebrard Casaubón**, como lo señalan hoy varias columnas. Todo indica que se irá al movimiento de renovación de **López Obrador**; se peleó con todas las tribus perredistas.

—**Barack Obama** sigue en picada. Su aprobación está en 40% y es cuestión de días para que baje más. El rechazo llega a 55%.

—En el PAN se prevé una dura batalla por la dirección. Ya hay dos grupos: **Gustavo Madero** en una esquina y **Calderón-Cordero-Josefina-Oliva**, del otro. El dato mayor sería una especie de entendimiento entre **Josefina** y el ex presidente **Calderón**. Si **Madero** gana, habrá expulsiones al por mayor.

—Punto en creciente violencia: en Oaxaca la Sección XXII ha comenzado a usar la violencia para recuperar escuelas que abandonó durante el paro. El gobernador **Cué Monteagudo** es el mejor aliado de la XXII, pero a costa de aumentar las condiciones de una guerra civil en el estado.

www.noticiastransicion.mx
carlosramirez@hotmail.com